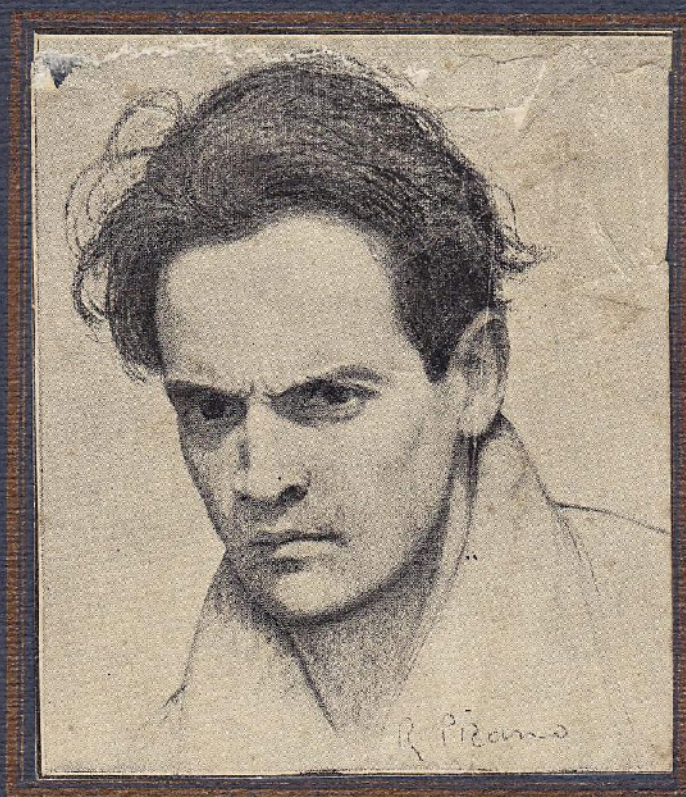


EXPOSICION
DE PINTURA
DE ROBERTO PIZANO

SEPTIEMBRE DE 1929

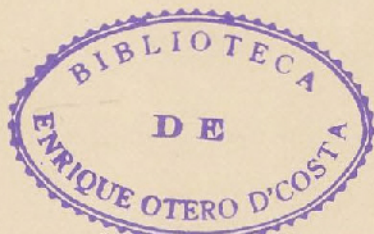


EDITORIAL DE CROMOS — BOGOTÁ — MCMXXIX

EXPOSICION DE PINTURA

DE

ROBERTO PIZANO



SEPTIEMBRE DE 1929

EDITORIAL DE CROMOS
BOGOTA. AÑO MCMXXIX

ROBERTO PIZANO



ARDES inolvidables aquellas de su lenta agonía, en que Pizano bromeaba con la muerte: sonreía refiriéndose a ella, no porque ignorase su proximidad sino para que los que lo rodeaban no se percatasen de que él la veía cercana. Estaba situado de manera que desde su lecho abarcase la dulce y melancólica sabana de Bogotá, desde el cerro en que demora la casa hasta la colina de Suba por donde él mismo, enamorado de su tierra y de las glorias patrias, había hecho discurrir en tardes semejantes, magistralmente evocada, la figura de Gregorio Vásquez, seguido de su jauría, tal como se nos muestra ahora en el boceto en que Pizano tradujo gráficamente aquel maravilloso capítulo de su libro sobre el pintor colonial.

Cada tarde pensaba que era la última, y en la mañana, al despertar sorprendido de hallarse aún vivo, regocijábese sintiéndose unas horas más cerca de Dios, en cuya divina misericordia ansiaba reposar.

Repetidas veces imaginó complacido lo que sucedería cuando él cerrase los ojos, previendo todos los detalles hasta el punto de que el anuncio de su entierro quedó redactado de su mano. "se escribirán—nos decía—algunos artículos necrológicos, pero el que siento con toda el alma no conocer es el que vas a escribir tú"—agregaba refiriéndose al autor de estas líneas.

Fingiendo optimismo por su salud, le seguíamos la idea, mas pensábamos que su hora ya había sonado y que la lengua hu-

mana, tan incompleta y torpe, no sería bastante a expresar nuestra rebeldía ante la idea de la orfandad en que habríamos de quedar al abandonarnos esa alma tan diáfana y generosa.

Sentados ahora ante unas cuartillas para escribir lo que él hubiera querido leer, sintiendo que es verdad su muerte y no mero sueño cual nos lo parecía a raíz del golpe, un temblor de emoción y de honda pena nos hace indócil la mano: de emoción, porque nos parece que al cumplir un deseo del amigo ausente hemos de acercarnos un poco a él, apesar de esa negra eternidad adonde no llega el eco de nuestras congojas; de pena porque es horrible tortura escribir sobre quien fue para nosotros un guía, un ejemplo y un cariño cual si tratásemos de algún desconocido a quien hemos de hacer revivir muchos siglos después de muerto de entre el polvo de los archivos.

Pero ¿a qué recordar las angustiosas horas en que la vida del maestro se extinguía quedamente? No es posible manifestar con palabras la tristeza que nos embarga. Estamos obligados a escribir sobre Pizano, entre otras razones porque él lo quiso así: no importa que cada palabra nos avive la herida que en nosotros abrió la última mirada, cariñosa y larga, ensombrecida de eternidad.

Un grande artista, un hombre recto: hé aquí la biografía de Roberto Pizano. De pocos seres puede decirse tanto tan brevemente. El artista esencial, dotado de genio, anormal por su portentosa capacidad perceptiva, no se presenta sino muy de largo en largo; el hombre recto por convicción, por naturaleza y por necesidad, forjado en los moldes del Evangelio, es todavía más raro.

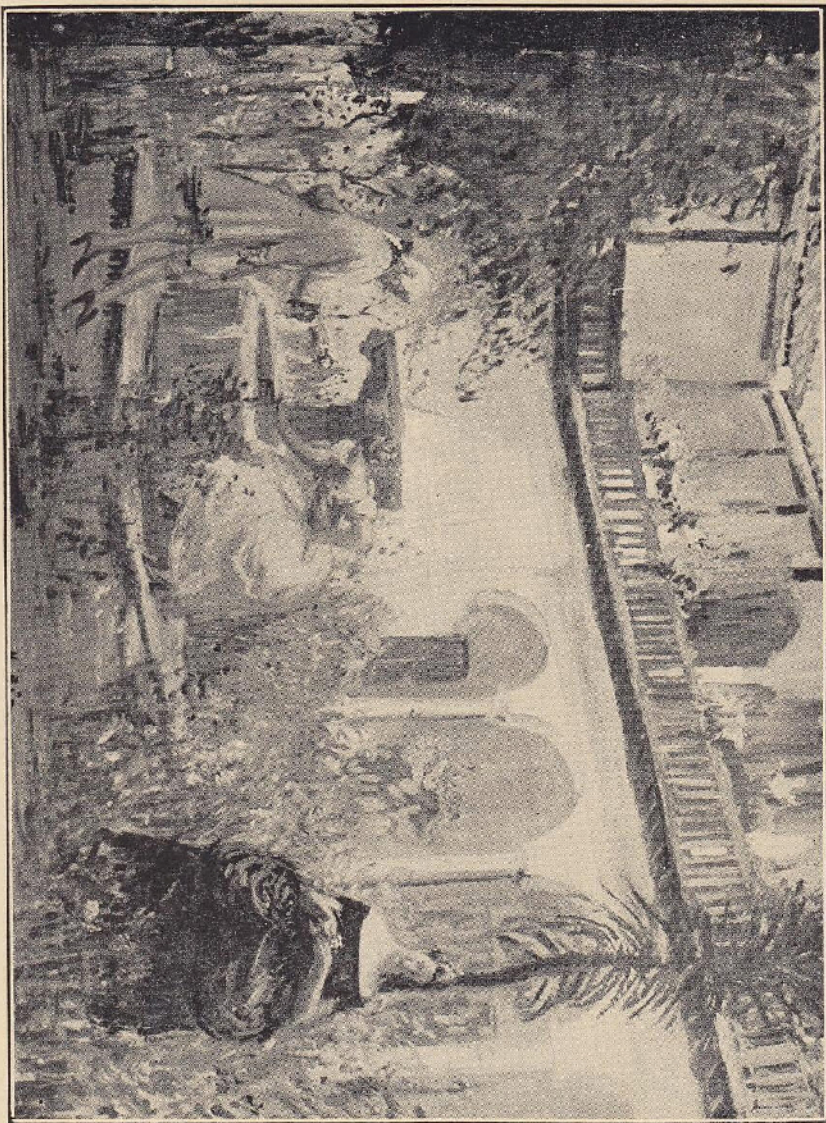
Pizano fue un bello caso de pureza en lo material y en lo moral; nunca manchó sus labios la murmuración, ni abrigó en su mente una idea que no fuese noble, ni en su pecho un resentimiento ni enemistad. Demasiado grande para advertir la pequeñez de los demás, a todos favorecía en su criterio, por más



"FELIX"



FIESTA COLONIAL EN EL CAMPO



EN LA CASA DEL MARQUES DE SAN JORGE

que pocos como él han tenido el dón de conocer el corazón humano a primera vista.

De ese conocimiento provenía la facultad, que poseyó en grado eminente, de dirigir a quien se atravesara en su camino por la senda que él determinaba: sabía infundir en los hombres gérmenes de ideas, de manera que fructificasen y madurasen en el cerebro ajeno como cosa espontánea y libre, cuando en realidad ni eran espontáneas ni podían sustraerse a la poderosa voluntad que las gobernaba a su antojo.

Por otra parte, había acendrado su cultura lo suficiente para encauzar su propio sentimiento de manera seria y razonada, de modo que estaba preparado para orientar no sólo su concepción sino la técnica también en pos del elemento dramático que encierra toda personalidad humana cuando, pasando por sobre la simple apariencia, el artista sabe escudriñar el alma de su modelo.

Comparando los cuadros y el medio de Pizano con el medio y con los cuadros de Vásquez, reputado por aquél como el máximo pintor americano, se suscitan muy diversas reflexiones: Vásquez fue un caso superlativo de disposición natural, pero las circunstancias le forzaron varias veces a colocarse por debajo de sí mismo. Muchos años después hubo en la historia artística colombiana otra hora saliente, representada por el apostolado de Alberto Urdaneta, que vino a imprimir el impulso inicial al mohoso mecanismo artístico del país, mas si supo encauzar las actividades de los demás, respecto de las suyas propias anduvo falto de tesón y no las condujo hasta donde hubiera podido llevarlas a vivir una vida más meditada. Pizano, en cambio, se hombra con Vásquez en el campo pictórico y con Urdaneta en el del apostolado; y si Vásquez fue un fenómeno de disposición natural, Pizano lo fue de voluntad, de estudio y de cultura; si Urdaneta fue el impulso inicial en las actividades artísticas del país, Pizano fue el motor permanente de ellas desde que tuvo

conciencia de que vivía hasta su muerte, ocurrida a las once y media de la noche el día 9 de abril último. Vásquez tiene un valor enorme en los mercados del arte, entre otras muchas razones por la forma en que a ellos fue lanzado por su biógrafo pero cotejando medio y cuadros de uno y otro, hay que reconocer que en América no hemos tenido un artista tan completo, tan sincero y de tan firmes condiciones como Pizano.

Es fácil determinar esas condiciones: en primer lugar, la aguda penetración psicológica de los modelos, que hace de sus retratos verdaderas biografías. Tenía un finísimo sentido de adaptación a las condiciones morales del retratado, como lo comprobaría un paralelo entre sus cuadros de Arturo Pizano y el doctor Zaldúa: en el uno hay vaguedad de tintes, gamas oscuras, cual conviene al alma melancólica y mística del personaje; en el otro, un fuerte realismo a la española del siglo XVII, carnación admirable, esmero en el detalle, acercamiento, en una palabra a la verdad humana, no tanto para marcar el contraste con la aparición celestial que figura en el cuadro, cuanto porque esa es la psicología del modelo: humanidad en que encarnó una devoción intensa que nació del sentimiento más que del análisis. Al servicio de esta interpretación psicológica hay un dibujo exacto y firme y un colorido admirable, libre de pinceladas efectistas. La evolución que en este sentido sufrió nuestro pintor puede seguirse cuadro a cuadro: ya no es la armonía del color o de la línea la que lo conduce, como en sus primeras manchas; en la concepción le guía, ante todo, una idea hondamente meditada; en la técnica abandona el empaste de efectos aparatosos, que asoma en sus primeras obras, y las largas pinceladas en que arrastra el color, para llegar a usarlo con la mayor moderación, descartando al propio tiempo, toda pincelada que no sea rigurosamente necesaria; en sus últimas obras concede importancia definitiva a la justa valoración del color y obtiene calidades admirables: de manera que juzgando su obra en



" ROSA "



PORTUGUESA



ESTUDIO DEL PINTOR ACEVEDO BERNAL.



conjunto, encontraremos como condiciones salientes la idea matriz, el dibujo correcto y la entonación agradable, sin que se le escapen nunca la armonía de la línea y el buen gusto de la composición; ¿qué más podemos pedir a un artista de la paleta para concederle en el mundo del arte lugar eminente?

Como era natural, la afinación de sus condiciones artísticas iba en detrimento, cada vez mayor, de lo que la gente de negocios llama el sentido práctico. Cierta vez determinó, forzado por la vida, trabajar en ganadería, negocio el menos atentatorio contra sus aficiones y, con un pequeño capital, bajó a comprar ganado en Honda para cebarlo en la hacienda de San Felipe, es fama que adquirió atendiendo al color de las reses, para que la manada resultase un conjunto armónico: pero unas eran demasiado chicas, a otras les faltaban los cuernos y ninguna tenía las condiciones del ganado de ceba.

En sus viajes por Europa visitaba los museos y pintaba desde media hora después de haber llegado a una ciudad hasta media hora antes de abandonarla. Su compañera en el hogar estaba encargada de comprar tiquetes, buscar alojamientos, arreglar equipajes y demás enojosos pormenores; y, conociéndolo a él como lo conocía, limitábase a indicarle en qué estación y a qué hora debía tomar el tren: Pizano se presentaba siempre de último, lamentándose de no haber podido terminar un apunte o un estudio.

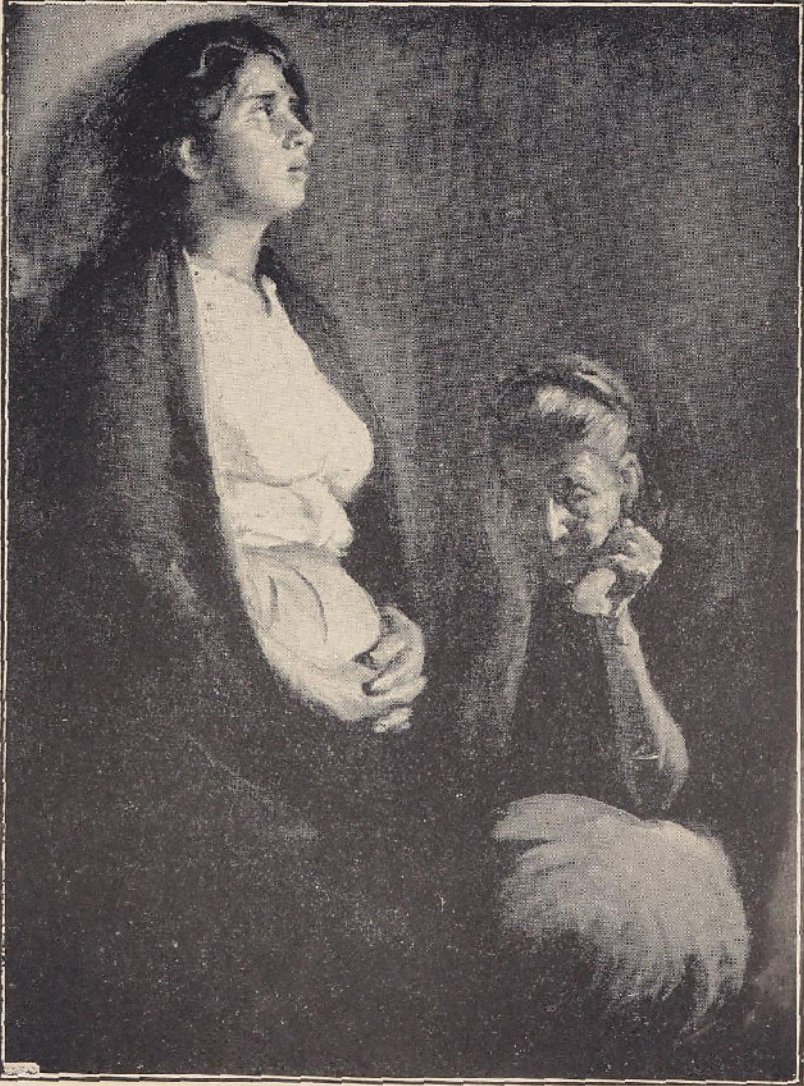
Cuando al regreso de uno de sus viajes encontró en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá el busto de Garay, olvidado y cubierto de polvo, dedicóse a mover voluntades, entidades, obstáculos, toda una sociedad dormida para el arte, hasta que logró instalar el busto en el sitio que hoy ocupa cerca de la plazuela de San Agustín. Todos recordamos las palabras, valerosas y ardientes, con que fustigó la indiferencia oficial e hizo el elogio del gran maestro desaparecido.

Su libro sobre Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos es el mayor de los esfuerzos que se hayan hecho en América, para presentar en forma completa y admirable la borrosa figura de un pintor colonial cuya memoria había nublado el polvo de los siglos. Pizano empleó en sus investigaciones sobre Vásquez muchos años y fatigas, logrando hacer un catálogo completo, hasta donde era posible, de la obra del biografiado y resucitándolo, por decirlo así, para presentarlo vivo, dentro de su medio, investido con las galas que el entusiasmo nobilísimo de Pizano fabricó en centenares de noches de trabajo.

También se debe a Pizano el justo homenaje que la Nación entera rindió al eximio artista Ricardo Acebedo Bernal en tiempo reciente. Se le deben las becas que ocupan hoy en Europa algunos profesores y los estudiantes premiados de la Escuela de Bellas Artes. Se le debe esta escuela, que es hoy una de las primeras de Sur América y que tiene muy poco que envidiar, salvo en cuanto a la profusión de elementos, a la de San Fernando de Madrid; se le debe el Museo de Reproducciones Artísticas y se le debe la generosa simiente de la Escuela de Artes Industriales donde nuestro pueblo, inteligente por naturaleza, recibe instrucción artística después de la fatiga cotidiana, bajo la inteligente dirección de otro desinteresado apóstol de patriotismo: Pedro Quijano. (1)

Pero, de todas las características de Pizano ninguna más simpática y fecunda que la que unánimemente han marcado todos los que sobre él han escrito después de su muerte: El entusiasmo. Esta era su fuerza primordial, la que lograba crear de la nada todo cuanto él se proponía; la que nunca le agradecerá lo bastante este país donde todos tenemos tan buenas ideas, pero tan escaso entusiasmo y constancia para realizarlas. Pizano,

(1) El mueble de comedor es filo Renacimiento, que figura en la presente Exposición, fue tallado por uno de los mejores alumnos de esa clase, el señor Norberto Vásquez.



EN EL HOSPITAL.



RETRATOS DE LAS SEÑORAS ELISA RESTREPO DE PIZANO Y JULIA RESTREPO
DE ORTIZ



EL CHICO DE LA NARANJA

como Agustín Nieto Caballero en el campo de la educación y como Ricardo Olano en el del civismo, tenía todas las condiciones del apóstol. Ejercía el magisterio por necesidad espiritual. Nadie trató con él que no le deba una enseñanza. Su vocación para ejercer una influencia benéfica sobre los otros, era completa. Y, por rara fortuna, unía a esa vocación las dotes del sembrador que sabe escoger el campo para cada simiente; nunca pretendió hacer prosperar delicadas flores en campos de sembrado; pero supo dejar siempre la semilla necesaria allí donde presentía que habría de fructificar. Toda la sociedad colombiana ha sentido en una u otra forma la influencia de Pizano como maestro; el radio de sus actividades en este sentido no tuvo límites.

Cuanto a su tesón, recordamos la siguiente anécdota: tratábase de dar comienzo a los trabajos preparatorios para instalar el Museo de Reproducciones Artísticas que el mismo Pizano por encargo del Gobierno había traído de Europa. Varios meses habían corrido ya en notas, recados, indicaciones y súplicas a las altas entidades a cuyo cargo estaba la entrega del salón llamado de Grados y la factura de los trabajos necesarios para la instalación del museo. Desesperaba a Pizano la lentitud con que marchaba el asunto. Un día consiguió por fin promesa de que le entregarían el salón y allí se dirigió inmediatamente, cerró la puerta nada menos, que a los señores del Gran Consejo Electoral, que en esos días lo ocupaban, y luego de guardarse las llaves, se presentó en el Ministerio de Obras Públicas.

—Necesito hablar con el señor Ministro, manifestó al portero.

—El señor Ministro está en este momento en una junta muy importante, le respondieron.

—Pues éntre usted al lugar donde se celebra la junta, dijo Pizano, y maniféstele que estoy aquí y que necesito hablarle con toda urgencia.

Ante razón tan imperativa e inusitada el Ministro acudió en seguida creyendo que se trataba en realidad de algo muy grave e inaplazable.

—Le he hecho llamar a usted, señor Ministro, díjole Pizano, para manifestarle que no se puede demorar más la instalación de los trabajos necesarios para el museo. Cada minuto perdido representa un caudal de conocimientos que deja de aprovechar el pueblo. Usted no puede hacerse responsable de pérdida tan cuantiosa, ni yo me marchó del ministerio sin una orden firmada por usted para que comiencen los trabajos esta misma tarde. Y el Ministro, muy poco acostumbrado a encontrar frente a la suya una voluntad como la de Pizano, dejó esperando a los señores de la junta hasta que lo hubo despachado con la orden solicitada.

Una de las mayores preocupaciones de aquel espíritu admirable y ecuánime fue la de enaltecer la profesión del artista, tan mal mirada antes en nuestra sociedad. Pizano fue siempre el amigo fiel, el admirador entusiasta de todos los artistas colombianos, grandes y pequeños, los que se cruzaban con él en los salones y los que modesta y oscuramente trabajaban por el arte luchando contra el hambre. A todos estrechó él la mano entre las suyas francas y cordiales; a todos prestó servicios oportunos; a todos dio un consejo; a todos supo perdonarlos cuando, desconociendo aún la poderosa personalidad del joven maestro, le mortificaron con chismes de los que hace años sembraban permanente cizaña entre los del oficio.

El 8 de diciembre de 1921, es fecha de trascendental importancia en la vida de Pizano por ser la de su matrimonio. Muy pocas veces nos detenemos a meditar lo que puede significar en la vida de los grandes hombres la inteligente comprensión de una mujer. En el caso de Pizano, él necesitaba de cariño un tanto maternal, porque si su mente se refinó hasta un límite que asusta, con su constante acoPIO de cultura, su espíritu, en cam-



MISA DE PUEBLO



RETRATO DEL ESCRITOR LUIS ENRIQUE OSORIO



LA CONDESA DE BELLE -VILLE

bio, permaneció siempre inocente, cándido y limpio como el de los niños. El buen gusto de la compañera de su vida, la tolerancia con que ella supo tratarlo en aquellos momentos en que el maestro, poseído de la inspiración, se mostraba nervioso delante de los cotidianos pormenores de la vida, fueron factores decisivos para la serenidad que preside su obra.

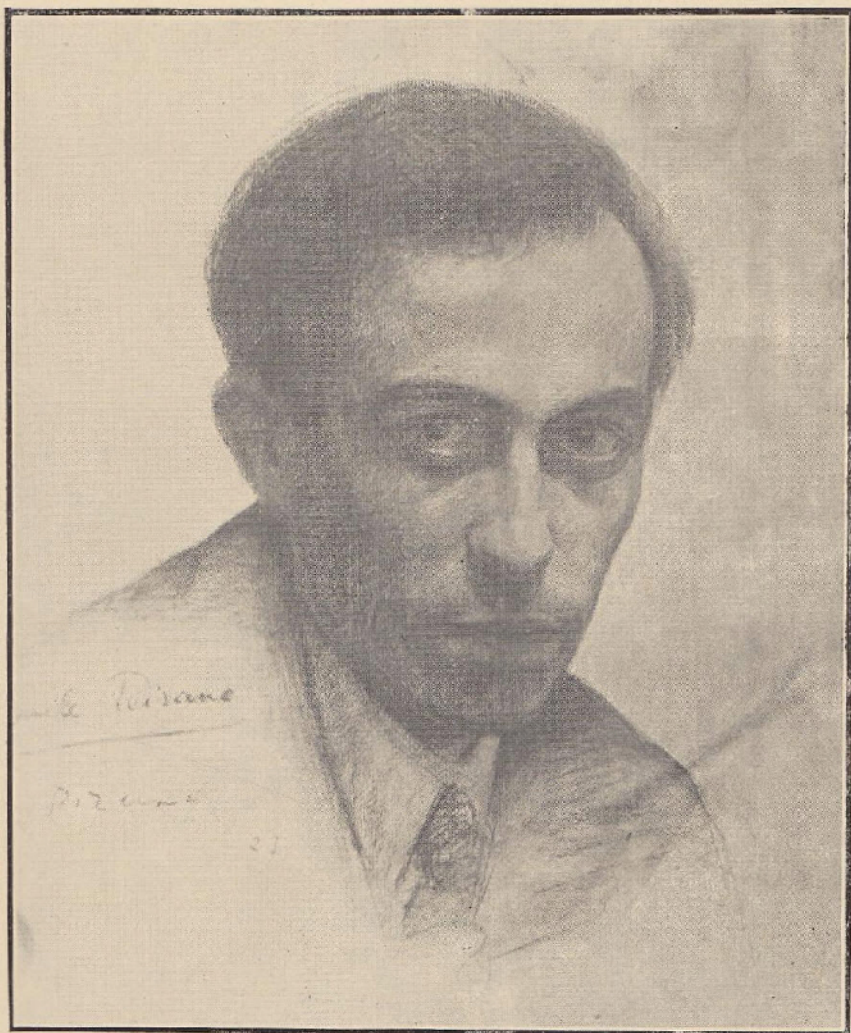
Su esposa y sus hijos, su madre y sus hermanos y algunos pocos amigos le servían de modelos. El necesitaba, como ya dijimos en otra ocasión, hallarse interesado efectivamente en su modelo para poder trasladarlo al lienzo con cariño. Su cuadro culminante "Maternidad", tiene por motivo a su esposa y a sus hijos. Son también admirables los retratos que hizo de su madre; en ellos trabajaba con ternura, con devoción: de él puede decirse que para pintar a su madre "trabajaba de rodillas".

Es difícil marcar en épocas precisas las actividades artísticas de Pizano. Cuando comenzaba a despuntar en él la afición, allá por los años de 1914 ó 15, hizo algunas copias entre las cuales la más antigua es acaso la de un cuadrito de Messonier, que no figura en la presente exposición. Por entonces le sirvió de maestro el pintor Coriolano Leudo.

De 1918 a 1920 permaneció en la Escuela de San Fernando, de Madrid, donde estudió con tanto brío y entusiasmo que en sólo tres años cursó las asignaturas distribuidas en los cuatro que dura el curso, teniendo los dos últimos matrícula de honor. En esa época fue su maestro en pintura al natural, el eminente artista don Joaquín Sorolla y Bastida, quien ha expresado por escrito su opinión sobre el gran talento pictórico de Pizano. En el estudio de Sorolla trabajó el pintor bogotano algún tiempo. También fueron maestros suyos José Moreno Carbonero, Luis Menéndez Pidal, Julio Romero de Torres, Miguel Blay y Cecilio Plá, todos ellos figuras eminentes del arte español. Pero el espíritu jovial e inocente de Pizano tenía que impresionarse, como sucedió, de modo especialísimo, ante aquella manera diáfana y luminosa de

Sorolla, tanto en lo referente al sentido del color cuanto a la técnica de su aplicación. Es muy interesante subrayar esta influencia, porque ella nos servirá de punto de partida para juzgar la evolución de carácter que sufrió Pizano: de sus primeras manchas, alegres, claras, llenas de luz, empezamos a ascender hasta los cuadros oscuros, tristes y profundos de sus últimos días: paralelamente, su carácter evolucionó desde una jovialidad encantadora hasta la severidad enteramente castiza, el misticismo acendrado y la equilibrada serenidad.

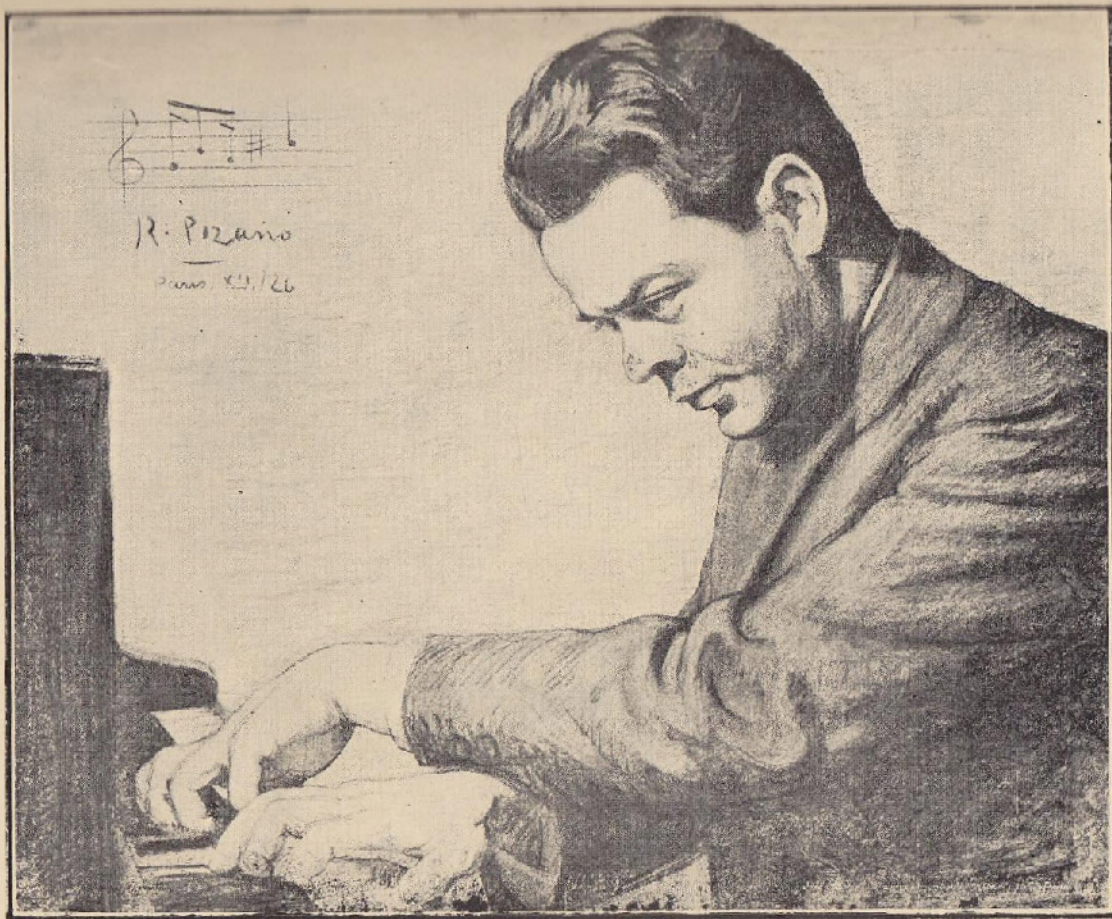
Terminados sus estudios en la Escuela de San Fernando estuvo por primera vez en Francia y en Italia; creemos que aun cuando fueron escasos los cuadros originales que en esa época conoció del pintor sueco Anders Zorn (muerto poco después del regreso de Pizano a Colombia), este pintor, tan dentro de la manera en que por entonces se hallaba Pizano, ejerció también sobre él una poderosa influencia. Entre Zorn y Sorolla hay muchos puntos de contacto, como hay en estas primeras obras de Pizano muchas características del artista español y del sueco. Pero paralelamente, como decimos, con la evolución de su carácter, su pincel va resbalando desde las claridades de Sorolla y de Zorn hasta las penumbras de Rembrandt, las concepciones atormentadas de Goya y del Greco y la exquisita entonación de Velásquez. En las obras de madurez de Pizano, la factura tiene por base un completo estudio anatómico y un dibujo escrupuloso y sólido. En la aplicación del color lo vemos correrse de la pincelada larga que modela ("Portuguesa") a la nerviosa, justa y breve, estudiada en ciertas partes del Greco; aunque a diferencia de este grande artista a quien había analizado a fondo, en las figuras de Pizano gana terreno cuadro a cuadro el espíritu sin que pierdan, sin embargo, nada de su corporeidad, salvo cuando se trata, como en la Virgen del Carmen que se aparece al doctor Zaldúa o en el magnífico boceto de San Francisco, de moldearlas en el fuego de una piedad honda y sincera. La



EMILE PEIRANE - CARBON - 1927



EL PINTOR y SU HIJO



RETRATO DEL PIANISTA ANTONIO VALENCIA

figura de la Virgen es borrosa, de gótica nobleza; el orante, en cambio, pese a su arrobamiento, halla abolengo realista y profundamente humano en las inmortales páginas del Quijote.

En 1923 tornó Pizano a Europa para residir principalmente en Madrid y en París. Trabajó entonces en el estudio de don Fernando Alvarez de Sotomayor, director del Museo del Prado, y el gran maestro le infundió el respeto por la sobriedad en la ejecución, el deseo de construir sólidamente y la determinación de eliminar en absoluto todo alarde de habilidad. En París trabajó en varios estudios y academias libres; no hay duda de que allí estudió a Puvis de Chavannes. Puede marcarse la influencia de color y de reposo que en Pizano ejerció momentáneamente este gran maestro: ("Passy"), aunque no es a Puvis de Chavannes a quien puede señalarse como generador del misticismo melancólico que desde sus mismos comienzos asoma en la obra de nuestro artista como nota incidental y simpática, y que se pronuncia y purifica hasta culminar en esa maravillosa Virgen del Carmen y en el boceto de San Francisco ya citados. El dibujo sensible y acusado del gran pintor alemán lo preocupó seriamente. Ya en otro escrito anotamos las analogías que existen entre los dibujos de nuestro artista y los de Holbein, y nos referimos al que Pizano hizo de Luis Enrique Osorio, donde se concede tanta importancia al valor de los ojos y de la línea, se desdeñan las medias tintas interiores y se quiere dar sensación de monumentalidad.

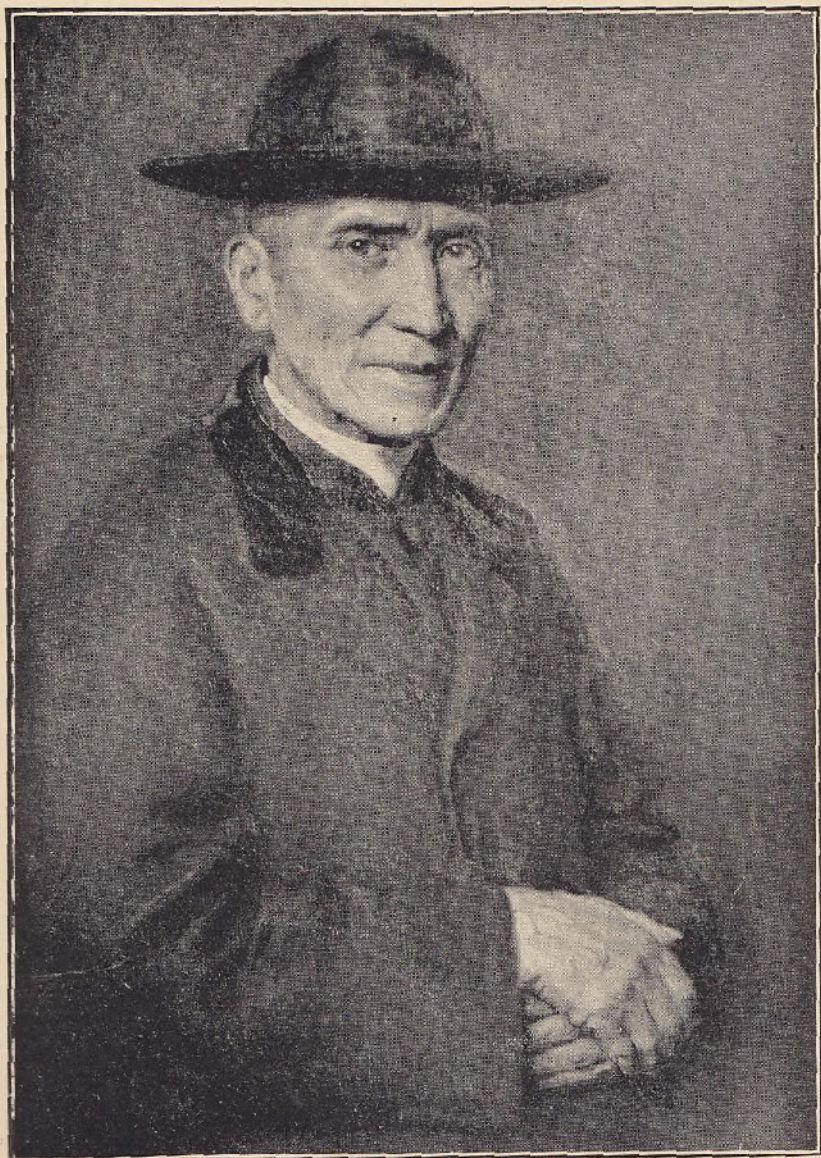
En la última época del arte de Pizano no se encuentran ya huellas de Sorolla ni de Zhorn; también está más lejos que nunca de Puvis de Chavannes; pero Holbein, Rembrandt, Velásquez y sobre todo el Greco no se apartan de su mente cuando toma los pinceles. La mancha denominada "Al pie del arroyo", una de las primeras que él hizo, nos muestra muy a las claras el vigor de su temperamento pictórico y la intención de perseguir antes que todo la armonía del color. "Mayo" es un poético

apunte bien entonado, de ingenuidad familiar y devota como era ingenua y devota la devoción de nuestro artista en sus primeros años, no obstante que en él asumió caracteres de tragedia la lucha contra las pasiones de la adolescencia, lucha de la cual salió ileso. En "Agnus Dei" continúa persiguiendo la combinación armoniosa del color; y es interesante anotar que de los pocos cuadros que nos restan de la primera época del artista hay dos señalados de tendencia mística; se marca pues, desde entonces, en embrión, una de sus características.

En "Angustias", apesar de sus deficiencias de técnica, hállese también el vigor que más adelante, perfeccionado por el estudio, ha de distinguir toda su obra. Anotamos con referencia a esta misma mancha, que ya desde entonces preocupaba a Pizano el propósito de penetrar la psicología de sus modelos: "Angustias" es la mendicante santaferña de buena sociedad, que ha venido a menos, tal como todos nosotros la conocimos, sentada a la mesa de nuestros padres un mismo día todas las semanas, porque la sorprende la hora del almuerzo haciendo visita.

"La bendición de la mesa", tema que cautivó a nuestro pintor, desde luego que hizo dos apuntes semejantes y en épocas distintas, está tratado con ternura. Un soplo místico anima aquella escena tan admirablemente colocada dentro de la tradición familiar de otros días; al contemplarla, invade el ánimo una dulce sensación de recogimiento. Y con qué buen gusto está hecha la composición, ocultando el rostro de la anciana para destacar en cambio el de la niña, admirable de inocencia.

"El Monaguillo", reproducido en este catálogo, es un primoroso pastel. Este cuadro y dos bocetos decorativos de propiedad de don Luis Tamayo, fueron los únicos que Pizano vendió en Colombia. Son refrescantes. En ellos se busca casi exclusivamente la armonía del color, como en "El Puerto" y algunos apuntes de Venecia, donde consiguió muy bien los diversos efectos del agua.



RETRATO DEL DOCTOR ROSENDO PARDO



RETRATO



RETRATO DEL DOCTOR ZALDUA

El cuadro denominado "Después de la lluvia" revela una gran transparencia, la misma que tiene el alma del pintor en ese momento de su vida; es un paisaje sereno, puro y exquisito. Lleva al ánimo del espectador una gran sensación de paz, alcanzada dentro de la luz, como después la alcanzará dentro del gris de la sombra en sus apuntes del Sena.

Citemos también su "Jardín de El Pardo" como una leve reminiscencia de Rusiñol; y al llegar a este punto, de sus pinceles surge el retrato de Acevedo Bernal en su estudio, cuadro lleno de interés porque es como el puente que divide en dos mitades precisas el arte de Pizano, a la manera que la cima del monte divide la opuesta dirección de las aguas. En este cuadro aun hay luces de Sorolla, las últimas tal vez, al paso que asoman las primeras penumbras de Rembrandt. De aquí en adelante el arte de Pizano es melancólico, adusto y meditado; iremos ascendiendo por una escala de dolor, que arranca en "Antesala de Hospital" y "Maternidad", y llega hasta el "Retrato del doctor Zaldúa", donde la mancha clara de la Virgen es la única nota de esperanza, al paso que la figura orante del canónigo y la borrosa iglesia que asoma en el último término nos recuerdan la vanidad de las cosas del mundo y la fugacidad de la vida.

Hemos querido dejar para lo último la mención de su autorretrato porque, como lo expresamos a raíz de la muerte de Pizano, el artista se pintó cual si se hubiese visto morir. Todos recordamos su agonía resignada y edificante, resumen admirable de lo que había sido su vida. En la angustia de la asfixia, aún tenía fuerzas para dictar órdenes sobre los trabajos que dejaba pendientes, en especial sobre el catálogo de la exposición colombiana en Sevilla, que iba a beneficiar a todos, menos a él mismo; aun sonreía para alentar a los que dejaba, preocupándose por ellos más que por él.

En ese autorretrato la penetración del modelo llega al lími-

te. La fisonomía espiritual del artista está completa. Hay en ella la amargura del inconforme, del que siente el espíritu atado a la tierra por las pesadas ligaduras de la carne mortal y que ansía tender el vuelo por más dilatados horizontes. Allí está todo él con su nobleza, con su generosidad, con su hidalguía, con aquella fe inquebrantable que llevó hasta sus secos labios de agonizante el espléndido soneto del poeta portugués, dicho por Pizano con palabras que entrecortaba el estertor, pero con toda la piedad de su alma:

"A vos corriendo voy, brazos sagrados
en la cruz sacrosanta descubiertos,
que para recibirme estáis abiertos
y por no castigarme estáis clavados:
a vos, ojos divinos, eclipsados,
de tanta sangre y lágrimas cubiertos,
que para perdonarme estáis despiertos
y por no confundirme estáis cerrados;
a vos, clavados pies para no huírme,
a vos, cabeza baja, por llamarme,
a vos, sangre vertida para ungirme,
a vos, costado abierto, quiero unirme,
a vos, clavos preciosos, quiero atarme
con ligadura dulce, estable y firme".

Ginnasio Moderno, agosto de 1929.

DANIEL SAMPER ORTEGA



LA MADRE DEL ARTISTA



"MATERNIDAD"



RETRATO DEL PINTOR PARAMO

CATALOGO DE LA EXPOSICION

1. Estudio.
2. Jardín florido.
3. Ana.
4. Angustias.
5. Vacaciones.
6. El puerto.
7. Marina.
8. A campo raso.
9. Alrededores de Bogotá.
10. Boceto.
11. Gitana.
12. La bendición de la mesa.
13. La niñera.
14. Cinco acuarelas de la Sabana de Bogotá.
15. Marina.
16. Estudio.
17. Rosa.
18. San Diego.
19. Barrio latino.
20. Félix.
21. Interior.
22. Bodegón.
23. Playa.

24. Eucaliptus.
25. Marina.
26. Después de la lluvia.
27. Rocas en Bretaña.
28. El Retiro.
29. Paisaje.
30. Venecia.
31. Passy.
32. El Jardín de "El Pardo"
33. La Cena.
34. Fiesta de pueblo.
35. Retrato del pianista Antonio Valencia.
36. Interior de iglesia.
37. El chico de la naranja.
38. Fiesta Colonial en el campo.
39. Apunte del Magdalena.
40. Marina.
41. Venecia.
42. Estudio del pintor Acevedo Bernal.
43. Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos.
44. Mayo.
45. Ascensión.
46. Saint-Malo.
47. Boceto.
48. Autorretrato.
49. París.
50. Boceto para el cuadro del doctor Zaldúa.
51. Boceto.
52. El Sena.
53. Retrato de la señora de Pizano.
54. Desnudo (último pintado por Pizano).
55. La comunión de las monjas. Copia del cuadro del pintor

- español Ramón Mérida, que se conserva en el Museo de Arte Moderno de Madrid.
56. La madre muerta. Copia del cuadro del pintor español Emilio Sala, igualmente en el Museo Moderno de Madrid.
 57. Retratos de las señoras Elisa Restrepo de Pizano y Julia Restrepo de Ortíz.
 58. Retrato de niño.
 59. Agnus Dei.
 60. Madeleine.
 61. Retrato del pintor Nepomuceno Sanz de Santamaría.
 62. El retorno del trabajo. Copia del cuadro original de Menéndez Pidal.
 63. Estudio del pintor español Fernando Alvarez de Sotomayor.
 64. Pescador del Sena.
 65. La antesala del Hospital.
 66. Dibujo del escritor Daniel Samper.
 67. Paisaje del Sena.
 68. Sol de la tarde.
 69. Paisaje.
 70. Estudio.
 71. Interior de iglesia.
 72. San Francisco (Boceto).
 73. Retrato del doctor Rosendo Pardo.
 74. Estudio.
 75. El Trocadero.
 76. Retrato del escritor Luis Enrique Osorio.
 77. Retrato del doctor Francisco Javier Zaldúa (última obra de Pizano).
 78. Juan.
 79. Emma y Francisco.
 80. El Sena.
 81. Bosque de Boulogne.

82. Retrato del pintor Eugenio Peña.
83. París.
84. Maternidad.
85. Paisaje.
86. Autorretrato.